

Barbara Potthast

**Residentas, destinadas y otras heroínas:
El nacionalismo paraguayo y el rol de las mujeres en la
Guerra de la Triple Alianza**

A pesar de que su historia tiene algunas peculiaridades fascinantes, el Paraguay es un país poco conocido, incluso entre latinoamericanistas. También para el tema de la mujer puede ser un objeto de estudio fascinante esta extraña república, que a finales del siglo pasado era conocida en Europa y América como el “país de las mujeres”. La importancia del tema salta a la vista de cualquier visitante que, apenas llegado al país, se encuentra en el primer gran cruce del camino que va del aeropuerto de Asunción a la ciudad con un enorme monumento a una mujer con un niño de una mano y un fusil en la otra. A sus pies yace un soldado muerto. La mujer que aquí se conmemora es la “residenta”, la mujer que —en la Guerra de la Triple Alianza o Guerra del Paraguay— atendía las necesidades del ejército paraguayo y que, según la versión más difundida, llegó también a empuñar las armas en la fase tardía de la guerra.¹ Cualquiera sea el motivo y el valor artístico de esta obra, el hecho de que un país dedique un gran monumento —y en un lugar privilegiado— a sus mujeres ya es sorprendente en sí, pues es algo raro no sólo en América Latina.

La historia del Paraguay se caracteriza por algunas peculiaridades que han establecido el tópico de que en este país todo es diferente —aunque muchas de las diferencias se expliquen perfectamente dentro del marco general del sistema socioeconómico latinoamericano. Esto también se aplica al rol de las mujeres y su posición dentro de la historiografía y en la memoria del país.

El otro tema que aquí nos interesa, la nación y la ideología correspondiente, es tal vez la peculiaridad más destacada del Paraguay. La

¹ Se trata de un fenómeno algo parecido al de la mejor conocida “soldadera” mexicana.

región se constituyó muy precozmente como una república independiente, tanto de la metrópoli como de la capital del antiguo virreinato, lo que muestra que ya muy en los comienzos existía una conciencia de pertenecer a una sociedad diferente y el anhelo de autogobernarse. No puedo entrar aquí en un debate detallado sobre los orígenes de este nacionalismo,² pero esbozaré a grandes rasgos el desarrollo de esta región hasta la guerra, siempre en atención a nuestra perspectiva sobre la nación y la mujer, para entrar luego más en detalle en el rol de las mujeres durante la guerra, y tratar finalmente las consecuencias de esta última.

Los inicios de la nación paraguaya

Cuando en 1813 un congreso de diputados paraguayos declaró la independencia del país, la región ya se caracterizaba por una población relativamente homogénea tanto en términos económicos como étnicos y culturales, y ésa parece haber sido la base sobre la cual se pudo desarrollar el marcado nacionalismo.

Esta homogeneidad se remonta hasta la conquista. En el Río de la Plata, los españoles no se encontraron con una sociedad sedentaria, unida y estructurada jerárquicamente, sino con grupos indígenas seminómadas que resistieron la invasión europea. La conquista fue sumamente difícil, hasta que un grupo de españoles tropezó con un grupo de guaraníes en la región del actual Paraguay, los cuales, después de un breve combate, concertaron una alianza con los españoles, que fue sellada mediante la entrega de mujeres guaraníes a los europeos — el medio tradicional de consolidación de alianzas en muchas sociedades premodernas.³ Este modelo de encuentro europeo-indígena

² Véase para esto Kahle, Günter, *Grundlagen und Anfänge des paraguayischen Nationalbewußtseins*, Colonia: tesis doctoral, 1962; Williams, John Hoyt, *The Rise and Fall of the Paraguayan Republic, 1800-1870*, Austin: Texas University Press, 1979; White, Allan, *Paraguay's Autonomous Revolution, 1810-1840*, Albuquerque: University of New Mexico Press, 1978; Potthast, Barbara/Hensel, Silke, "De la 'provincia gigante de las Indias' a las 'republicuetas' del espacio interior. ¿Desintegración política a causa de nacionalismos?", en: Potthast, Barbara/Kohut, Karl/Kohlhepp, Gerd (eds.), *El espacio interior de América del Sur. Geografía, historia, política, cultura*, Francfort/Madrid: Vervuert/Iberoamericana, 1999, págs. 47-67.

³ Para la descripción de la conquista véase Kahle, *Grundlagen und Anfänge...*, págs. 24-25; Potthast, Barbara, ¿"Paraíso de Mahoma" o "País de las mujeres"? *El rol de la familia en la sociedad paraguaya del Siglo*

también se puede observar en otras regiones americanas; en el Paraguay, no obstante, no se limitó solamente a las primeras décadas de la conquista, sino que perduró. Como la región carecía de metales preciosos y de importancia comercial, el Paraguay se volvió un rincón periférico, relativamente pobre y aislado dentro del imperio español, por lo que casi no hubo más inmigración desde Europa. A partir de la segunda generación, la elite local ya se componía preponderantemente de mestizos, es decir de los descendientes de los conquistadores y sus mujeres indígenas. El escaso número de españoles y la convivencia intensa de los dos grupos dotaron a la cultura paraguaya de una fuerte influencia guaraní, que se manifiesta muy claramente en el uso cotidiano del idioma indígena en todos los estratos de la sociedad.⁴ Así surgió una sociedad relativamente homogénea en términos socioculturales y económicos, basada en una pobreza general.

Esto no cambió fundamentalmente hasta finales del siglo XVIII, aunque el auge económico de la región del Río de la Plata en estos años llegara también hasta el “confín norteño”⁵. Pero la relación con Buenos Aires siempre había sido difícil, y cuando empezó el movimiento de la independencia, los paraguayos no estuvieron dispuestos a aceptar el dominio porteño. Después de una victoria sobre el llamado “ejército libertador”, que había sido enviado desde la capital del virreinato, Paraguay declaró su independencia total y puso ésta en manos de un dictador — primero temporario, después vitalicio. El “Supremo Dictador” José Gaspar Rodríguez de Francia, conocido generalmente como el Doctor Francia, gobernó el país hasta su muerte en 1840, y lo aisló aún más que antes. Para no verse comprometido en los problemas del Río de la Plata y dada la actitud de los argentinos, que no aceptaban la independencia de la región, Francia cerró el comercio y la comunicación con el país vecino. Junto con otras medidas

XIX, Asunción: Instituto Cultural Paraguayo Alemán, 1996, págs. 25-35, así como Clastres, Pierre, “Unabhängigkeit und Exogamie”, en: Clastres, Pierre, *Staatsfeinde. Studien zur politischen Anthropologie*, Francfort, 1976, págs. 49-77.

⁴ Sólo en las últimas décadas se ha extendido el castellano como idioma cotidiano, y esto predominantemente en la capital. Para la situación lingüística véase Steckbauer, Sonja M., “La situación del guaraní en el Paraguay actual”, en Potthast et al. (eds.), *El espacio interior...*, págs. 381-400.

⁵ Vives Azancot, Pedro, *El confín norteño del Río de la Plata: Asunción en el último cuarto del siglo XVIII*, Madrid: Tesis doctoral, 1980.

bastante peculiares del dictador, esta política reforzó no sólo el aislamiento sino también la homogeneidad de la sociedad paraguaya.⁶

Después de la muerte del Dictador, la situación se normalizó poco a poco, y el país parecía estar en vías de modernización, por lo menos técnica y económicamente. En cuanto al sistema político, perduró la tradición autoritaria, aunque ahora con algunas apariencias democráticas. Pero todos los adelantos logrados fueron aniquilados por la “Guerra Grande”, como la llaman los paraguayos, que estalló en 1864, primero por un conflicto con Brasil, y luego también con Uruguay y Argentina, que se unieron a los brasileños. El conflicto bélico duró hasta 1870 y terminó con la derrota total del Paraguay, si bien también le costó una elevada cuota humana y política a los aliados.

Las mujeres paraguayas en “La Guerra Grande”

1. Las causas de la guerra

La cuestión de las causas de la guerra sigue sujeta a una variedad de hipótesis, y en ninguno de los países implicados se discute el tema (si es que se discute) con cierta objetividad, sino siempre con una pasión nutrida tanto de nacionalismo como de filiación política. Los aliados le echaron la culpa a los planes expansionistas y los sueños de grandeza del presidente paraguayo Francisco Solano López, mientras que éste declaraba que su intervención se debía a la ocupación brasileña del Uruguay, que distorsionaba el equilibrio en la región. Tarde o temprano, se decía, los brasileños se “comerían” también al pequeño vecino del oeste, de manera que no había otro remedio que defenderse y acudir a tiempo en ayuda del aliado uruguayo.

No cabe discutir aquí, si tales razonamientos tienen o no fundamento, pues lo importante es que a los paraguayos les parecían verosímiles. Ellos tenían una experiencia de más de tres siglos de expansión portuguesa sobre su frontera. Desde que se concertara la línea divisoria del Tratado de Tordesillas, los portugueses —o mejor dicho los brasileños— habían avanzado constantemente en dirección al Paraguay, y los paraguayos se vieron obligados a desalojar algunas de

⁶ Kahle, *Grundlagen und Anfänge...*, págs. 276-318; White, *Paraguay's Autonomous Revolution...*; Potthast, Barbara, “Las consecuencias sociales de los decretos del Dr. Francia referentes a los extranjeros y la iglesia: El problema del matrimonio y de la mezcla racial”, en: *Ricerche giuridiche e politiche, Rendiconti*, vol. I: “Pensiero e azione del Dr. Francia. Aspetti di diritto pubblico”, Sassari, 1991, págs. 69-90.

las más antiguas fundaciones. Además de esta lenta ocupación territorial, se temían —sobre todo en el siglo XVII— los ataques de los bandeirantes de la región de San Paulo, que robaban la mano de obra indígena para esclavizarla en su país. Por esto, el establecimiento de las famosas reducciones jesuíticas había obedecido tanto a motivos religiosos como a militares para defensa de la frontera, y allí los indígenas tenían licencia de portar armas.

El problema fronterizo con Brasil se había solucionado a medias con el Tratado de Madrid en 1753, pero con la independencia y la expansión brasileña hacia Mato Grosso volvieron las divergencias y los temores. Ahora, López supo presentar muy bien la guerra como un asunto de honor nacional y promover así el entusiasmo en el pueblo.⁷ Además, en 1866 se conoció el tratado secreto que habían pactado los aliados, según el cual Paraguay no sobreviviría la guerra como país independiente.

Además de estas dos hipótesis “clásicas” sobre el origen de la guerra, la historiografía moderna ha aportado otras. Una, que fue formulada en tiempos de la teoría de la dependencia, sitúa el verdadero desencadenante en los representantes del capital británico, que pujaba por entrar a esta zona que hasta el momento tenía pocos contactos comerciales fuera de la región, no había contraído deudas en Londres ni se mostraba muy inclinada a una economía libre de mercado. Parece, sin embargo, que no existen fuentes para sostener esta tesis.

Un poco en esta misma línea se ordena también otra interpretación que ve el verdadero motivo en la situación argentina. Después de décadas de guerras internas y secesiones provinciales, este país había encontrado una forma de unidad nacional para la cual la existencia de un Paraguay independiente, próspero y tal vez hasta poderoso representaba un modelo peligroso. Según esta tesis, el presidente argentino Bartolomé Mitre se habría servido del conflicto paraguayo-brasileño para acabar de una vez con ese ejemplo molesto que significaba el Paraguay.⁸

⁷ Potthast, ¿“Paraiso de Mahoma” o “País de las mujeres”?..., pág. 244, nota 16.

⁸ Abente Brun, Diego, “La Guerra de la Triple Alianza: Tres modelos explicativos”, en: *Revista Paraguaya de Sociología*, 26/74 (1989), págs. 175-197; Mc Lynn, James F., “The Causes of the War of the Triple Alliance: An Interpretation”, en: *Journal of Inter American Economic Affairs*, 2/33 (1979); Box, Pelham Horton, *Los orígenes de la Guerra de la Triple Alianza*, Buenos Aires, 1958; Potthast, ¿“Paraiso de Mahoma” o “País de las mujeres”?..., págs. 237-243.

La guerra que se suponía terminaría pronto, se prolongó mucho más de lo pensado. En 1868, es decir, después de más de tres años, los aliados finalmente lograron entrar a la capital paraguaya y creyeron haber alcanzado su objetivo, sobre todo en vista de que los paraguayos ya habían empezado a reclutar niños y ancianos, pues los hombres en edad de llevar armas habían muerto. Sin embargo la guerra se prolongó aún más de un año, exigiendo ingentes sacrificios de ambas partes, pero sobre todo de los paraguayos. Cuando la guerra se dio por fin por concluida con la muerte del presidente López, la población paraguaya estaba reducida a menos de 200.000 personas, lo que significó una pérdida de aproximadamente el 60% de la población existente antes del conflicto. Además, había un exceso muy marcado de población femenina con respecto a la masculina, por lo que el Paraguay fue llamado “el país de las mujeres”.⁹

2. El rol de las mujeres en la economía de guerra

Las mujeres paraguayas siempre habían tenido una función importante en la economía de subsistencia y el comercio al menudeo,¹⁰ que fue aumentando en el transcurso de la guerra. Al principio, se limitaban a las típicas tareas femeninas como coser uniformes y donar parte de su cosecha o ganado para el aprovisionamiento del ejército. Siempre había sido importante el aporte de las mujeres para el mantenimiento de las tropas, pero ahora era cada vez más imprescindible. Parece que al principio la guerra fue un buen negocio para las mujeres, pero cuando las acciones militares llegaron a sus pueblos, la situación se volvió bastante difícil. A partir de 1866, prácticamente toda la producción agrícola estaba en manos de las mujeres, que además empezaron a asumir tareas pesadas, como por ejemplo el trabajo en las salinas.¹¹

En los campamentos las mujeres trabajaban como enfermeras, lavanderas, cocineras y más tarde también ayudaban en el transporte. Al

⁹ Potthast, “¿Paraiso de Mahoma” o “País de las mujeres”? ..., págs. 319-337; Whigham, Thomas/Potthast, Barbara, “The Paraguayan Rosetta Stone: New insights into the demography of Paraguay”, en: *Latin American Research Review*, 1 (1999), págs. 174-185.

¹⁰ Potthast, Barbara, “Bäuerliche Wirtschaft und die Rolle der Frauen: Paraguay im 19. Jahrhundert”, manuscrito; Potthast, “¿Paraiso de Mahoma” o “País de las mujeres”? ..., págs. 105-136.

¹¹ Potthast, ¿“Paraiso de Mahoma” o “País de las mujeres”? ..., págs. 247-253.

principio, los ranchos de las mujeres se encontraban fuera del campamento propiamente tal, pero ellas podían pasar la noche con su compañero, como observaba un extranjero un poco asombrado.¹² Más tarde, sin embargo, fueron integradas directamente a los campamentos en una organización similar a la de los militares. Los grupos de mujeres eran dirigidos por las llamadas sargentas, quienes cuidaban del orden, organizaban y coordinaban el trabajo, y ayudaban en el cumplimiento de las órdenes del gobierno o de los generales. Además, las mujeres eran imprescindibles en los bailes y las fiestas que se organizaban en cualquier ocasión, primero, para celebrar las victorias, y después también para festejar las derrotas en las que los soldados paraguayos se habían comportado con valor y heroísmo, es decir prácticamente después de todas las acciones bélicas.¹³

3. La propaganda

Esta observación nos lleva al tema de la propaganda durante la guerra, en la cual las mujeres también tenían su lugar. Al principio de la guerra, se podía observar en el Paraguay lo mismo que ha pasado en muchas guerras en las que se consideraba que estaba en juego el honor nacional: la gente donaba víveres, vestimentas y pertrechos para el ejército, los más acomodados ofrecían sus esclavos y las señoras de clase alta, sus alhajas. Al principio, estas ofrendas se daban en forma más o menos espontánea, pero al poco tiempo ya eran el resultado de reuniones organizadas por las autoridades locales. El principal factor desencadenante de estas donaciones fue la publicación del Tratado de la Triple Alianza en agosto de 1866, que suscitó una ola de fervor nacional y de apoyo a López. Ahora se apresuraban todos — hombres, mujeres y hasta niños en edad escolar— a demostrar su aprobación a la política del Presidente. En muchas partes, el entusiasmo era tal que algunas mujeres llegaron a declarar que tomarían las armas para defender la patria.¹⁴ En la última fase, sin embargo, las ofertas se convirtieron en gestos vacíos, como regalar al presidente una espada con brillantes o un gorro triunfal. En todas estas asambleas, sobre todo en Asunción, donde vivía la elite y la incipiente cla-

¹² Amerlan, Albert: *Nächte am Rio Paraguay*, Buenos Aires: Tjarks, 1898, pág. 31.

¹³ Para más detalles véase Potthast, ¿“Paraiso de Mahoma” o “País de las mujeres”? ..., págs. 253-256.

¹⁴ Potthast, ¿“Paraiso de Mahoma” o “País de las mujeres”? ..., págs. 262-263.

se media paraguaya, las mujeres pronunciaban apasionados discursos y el acontecimiento siempre terminaba con un baile, separado por clases como era habitual.¹⁵ Más adelante se volverá a la cuestión de si estos discursos pueden ser considerados como una verdadera prueba de nacionalismo o si, en cambio, se debían a la represión impuesta por el gobierno.

Estas asambleas del “bello sexo nacional” se fueron convirtiendo cada vez más en un instrumento de la propaganda de guerra. La prensa local, encabezada por el periódico tradicional de Asunción, *El Semanario*, informaba extensamente sobre ellas. Pero durante la guerra surgieron también varios diarios, redactados en forma bilingüe o sólo en guaraní, como el *Cacique Lambaré* o *Huybebe*, *El Cabichuí*, *El Centinela* y por último, *La Estrella*. Además de publicar los informes de guerra y noticias sobre las reuniones patrióticas o las acciones heroicas de hombres y mujeres del país, *El Cabichuí* difundía sobre todo insultos contra los “negros” brasileños y el “negrero Pedro II y su hordas”, que querían esclavizar al pueblo paraguayo y deshonorar a sus mujeres.

Al destacar simultáneamente el heroísmo de los paraguayos de ambos sexos, se pretendía —sobre todo— manifestar menosprecio por el enemigo y difundir confianza en la victoria así como provocar agresividad. *El Cabichuí*, por ejemplo, escribió sobre dos mujeres en el norte del país que habían sido amenazadas por un jaguar y que, armadas solamente con cuchillos, lo habían matado. El artículo empezaba con las frases siguientes:

“Cobardes y afeminadas hordas de la triple alianza, que pretendéis borrar del número de las naciones soberanas la República paraguaya, contemplad el cuadro que va al frente de esta columna y temblad! [...] Monarca esclavócrata, mira en la muger paraguaya el temple del pueblo que intentas esclavizar y borrar de la faz de la tierra. Dos mugeres que sin mas armas que un cuchillo, un palo y una argolla de cincha, no solamente se libran de la agresion de un monstruoso tigre, sino que le matan y le desuellan [sic], saliendo ilesas de una lucha al parecer tan desigual, ¿que os dicen, negros y anegrados, que os presagian cobardes mercenarios, que en pos de la ambición de dos perfidos mandarines, y de un ambicioso monarca, entrasteis en la lid a disputar su existencia á este pueblo pacífico, laborioso, e inofensivo? Si las mugeres paraguayas, con armas de tan poca monta se libran de los tigres, ¿pensais vosotros, macacos amacados, que les costara trabajo librarse de vosotros, monos de baja y contaminada ralea?”

¹⁵ Potthast, ¿“Paraiso de Mahoma” o “País de las mujeres”? ..., págs. 256-259.

Y el artículo termina con la siguiente interrogación: “¿Si tanto son capaces las mugeres paraguayas, [...] que leche les darán a mamar a las legiones de LOPEZ?”¹⁶

El Semanario, un periódico que se dirigía a otra clase social y era algo más serio, usaba un lenguaje más refinado y resaltaba otros acontecimientos. Atizaba también el miedo a los soldados brasileños, pero además de difundir las noticias obligatorias de los campos de batalla, informaba sobre todo detalladamente sobre las actividades de las mujeres en el estilo de los antiguos informes sociales. Para dar un ejemplo del lenguaje y contenido de este periódico, conviene citar uno de los reportajes sobre “la ofrenda del bello sexo nacional”, como se titulaban estas donaciones de alhajas de parte de las mujeres:

“Los enemigos que tenemos al frente, han pactado que vienen a robar, y esclavizarnos, y cada día gritan desde su campo á nuestros soldados, diciendoles ¡ vamos a deshonar a vuestras mugeres! Hasta aquí llega la infamia, y la única perfidia de nuestros cobardes agresores. Nuestra sociedad, nuestras mugeres, no ignoran del todo esto, y ellas que son los modelos de las virtudes del hogar, ellas que aman la honra más que su vida [...]”¹⁷

Pero la propaganda llegó más lejos que dar un reconocimiento público a esas actividades de las mujeres, ya que incluso realzó y revaloró su rol tradicional. El trabajo agrícola de las mujeres de la clase baja, que nunca se había tomado en consideración antes de la guerra, ahora se valora y dignifica.¹⁸ Y la mujer de la clase alta es presentada de pronto en el rol de la ciudadana políticamente responsable, posiblemente con la esperanza de asegurarse por esa vía las simpatías de

¹⁶ *El Cabichuí*, 22 de junio 1868, págs. 3-4.

¹⁷ *El Semanario*, 30 de marzo 1867. El mismo periódico retoma varias veces también el motivo de la arrogancia de los vecinos que califican al Paraguay más bien como un pueblo indígena. Así se lee en un artículo del 9.3.1867 sobre “La gran asamblea del bello sexo” lo siguiente: “¡ Las toderías han asombrado con su heroísmo! ¡ Y las toderías ofrecen a las sociedades modernas el modelo de la muger patriota que sabe defender su dignidad y hacer respetar los derechos de una nación soberana!”

¹⁸ *El Semanario* del 30 de noviembre 1867 relata las observaciones de “*Un paseo por el Ferro-Carril*” donde el visitante describía los campos bien cuidados en el interior. “¡ No parece que estamos en guerra! Entonces dirigiendo la mirada para detenernos en un hermoso bosquecillo de naranjos, encontramos la causa de nuestra exclamación - eran tres jóvenes que graciosamente labraban la tierra con la azada. Vimos con nuestros propios ojos, lo que tantas veces habíamos leídos en los periódicos: que la mujer ara y labra la tierra con sus manos para ayudar á sus defensores”. Cfr. también *El Centinela* del 2 de mayo 1867.

este grupo, que en su mayoría se oponía a la política del presidente. Se habla ahora de la “conciudadana” que por primera vez ha ocupado “la silla del Patriarchado”.

“La muger del Paraguay ha ofrecido en esta noche el rasgo mas elocuente de su amor a la Patria, y su alma noble y grande ha entrado en la plentitud de los derechos con que la dotara el Cielo, tomando parte en los negocios públicos y formando la primera Asamblea americana, mas importante aun que los antiguos comicios, reunidos bajo las inspiraciones del Pueblo rey.”¹⁹

El Centinela trata el tema así:

“Las sesiones de los días 24, 25 y 26 del febrero fueron magestuosas, por que en ellas vimos por primera vez tomar asiento á la muger en el gran banquete de la civilización y participar de los derechos públicos que la sociedad le ha negado con injustificado egoismo. El bello sexo ha adelantado un paso mas en la pendiente del progreso, colocándose en la tribuna de las Asambleas populares.”²⁰

Pero en otra ocasión se vislumbra con claridad el carácter propagandístico de este mensaje. Se sostiene que la participación de la mujer en los acontecimientos públicos es una señal de modernidad y progreso, y después de una digresión sobre el rol de las mujeres en las sociedades clásicas, se confirma finalmente lo siguiente:

“Allá, donde las ideas sobre la verdadera posición de la muger son mas elevadas, seguramente ese Pueblo ha dado un paso hacia una civilización mas encumbrada, que la que decantan las sociedades actuales. Y esa distinción corresponde al Paraguay, donde vemos á la muger participar de los intereses de la sociedad; donde con admiración la contemplamos despojándose de sus adornos, para ayudar con ellos á la defensa del principio democrático; donde, en fin, brilla por sus patéticos discursos en la tribuna, que ella misma se ha levantado en los altares de la libertad, mostrándose en todo digna émula del ciudadano, á quien disputa la palma de lidiar en los campos del honor. Gloria, pues, al ilustre Mariscal López, que ha puesto á la mujer en el honorable rol que le corresponde, restaurándole los santos derechos que la Europa le escatima aun!”²¹

¹⁹ *El Semanario* del 2 de marzo 1867.

²⁰ *El Centinela* del 12 de septiembre 1867.

²¹ *El Centinela* del 18 de julio 1867. Cfr. también artículos parecidos en el *Semanario* que argumentan en la misma línea. Uno del 8 de septiembre de 1867, por ejemplo, termina con la frase: “Honor á la muger paraguaya y al Gobierno que ha sabido dignificarla.”

4. El nacionalismo

Estas citas muestran la ambigüedad del uso de las mujeres en la propaganda. Por un lado, el reconocimiento de su rol público puede hacer suponer que ellas tenían buenas razones para adherirse a “la causa nacional” y a la política del Presidente López. Por otro lado hemos visto que esto se debe más bien a fines propagandísticos, y cabe preguntarse si estas reuniones y los discursos eran realmente voluntarios o no. En la prensa se insiste constantemente en la espontaneidad de las reuniones —un hecho en sí ya sospechoso— y un análisis más detallado, que hemos hecho en otro lugar,²² muestra claramente que a partir de 1866, cuando la suerte del ejército paraguayo además iba de mal en peor, las reuniones frecuentes eran inspiradas u organizadas desde arriba, en la capital por la concubina del presidente, Madame Lynch, o las hermanas y la madre del mismo. Además, las donaciones se volvieron cada vez más absurdas. Si la entrega de mantas, ropa, ganado y víveres tenía sentido en un país que en ese momento ya estaba prácticamente incomunicado con el exterior, porque los aliados controlaban las vías fluviales, la entrega de alhajas era, en cambio, un claro gesto de servilismo político y nada más.

Algo más difícil de interpretar es la oferta de tomar las armas que expresaron algunas mujeres. Parece que al principio fue un gesto espontáneo en una reunión donde se discutía el problema de la falta de soldados para asegurar la comunicación terrestre y la vigilancia ribereña. Y una vez surgida esta idea, Madame Lynch se ocupó de difundirla e incluirla en la propaganda de guerra. En Europa, pero también en el Paraguay de la postguerra, la supuesta existencia de un batallón de mujeres era un punto clave en la polémica sobre el carácter de la guerra. Para unos era una señal muy clara del gran patriotismo de todos los paraguayos, mientras que para otros era una prueba más del carácter opresivo del régimen de López.²³

Cualquiera que sea la respuesta a esta cuestión, es innegable que en esta guerra fueron muchas las mujeres, sobre todo las de clase media y baja, que quisieron hacer algo más por su país y sus hombres que coserles camisas y cultivar la tierra, cosa que por lo demás ellas

²² Potthast, ¿“Paraiso de Mahoma” o “País de las mujeres”?..., págs. 256-265.

²³ Lo mismo se puede observar con respecto al hecho de que el trabajo de las mujeres garantizaba la subsistencia del país, por lo menos hasta que hubo que desalojar parte del territorio, cfr. Potthast, ¿“Paraiso de Mahoma” o “País de las mujeres”?..., pág. 249.

habían hecho desde siempre. Las mujeres siguieron al ejército cuando éste tuvo que ir retirándose cada vez más hacia el norte del país, una región menos poblada y bastante salvaje, prestando cualquier tipo de servicio a los soldados; y al final algunas tomaron realmente las armas, pero en defensa propia contra los soldados de ocupación. Ese fue el caso de las llamadas *residentas* a quienes recuerda el monumento al que nos referíamos al principio. ¿Estaban estas mujeres entonces tan influenciadas por la propaganda nacionalista que no vieron que con esta resistencia incondicional el país se hundiría completamente?

Creo que hay dos respuestas a esta pregunta. La primera es que en realidad tenían pocas opciones, ya que López trataba de practicar la estrategia de “tierra arrasada” y sus órdenes de evacuar el territorio incluían a toda la población. Resistirse habría sido peligroso.²⁴

Por otro lado, no todo fue fuerza o ceguera nacionalista. Gran parte de las mujeres paraguayas tenían la experiencia de una existencia de frontera, con la constante amenaza por parte de los vecinos e indígenas no asimilados. Por eso conocían la situación de guerra y se habían educado además, desde los tiempos del Dictador Dr. Francia, con la idea de que la independencia estaba bajo amenaza permanente y que había que defenderla a ultranza. Además existía el miedo a los soldados brasileños y el deseo de no abandonar a los familiares supervivientes. Si los habían servido en tiempos de paz, cuando eran reclutados por el ejército, ¿cómo no iban a hacerlo en tiempos de guerra? Creemos, por lo tanto, que fue una mezcla de nacionalismo y razones familiares y sentimentales las que llevaron a estas *residentas* a no abandonar a las tropas de López.

Las otras, las disidentes, también existían. Eran las “destinadas”, es decir, mujeres que por algún delito político o por pertenecer a una familia sospechosa habían sido destinadas a ciertos pueblos donde eran vigiladas, y que finalmente terminaron en un lugar abandonado que puede ser calificado como campo de concentración. Al final de la guerra había allí unas 3.000 mujeres recluidas, un número nada despreciable. Algunas eran realmente disidentes políticas y habían sido condenadas por hablar en contra de la guerra. Las de las clases superiores muchas veces fueron destinadas solamente porque alguno de sus parientes masculinos estaba implicado en una conspiración real o supuesta contra el presidente. Algunas de ellas eran las mismas que antes se habían destacado en las reuniones patrióticas. De estas muje-

²⁴ Potthast, ¿“*Paraíso de Mahoma*” o “*País de las mujeres*”?..., págs. 270-274.

res de la elite tenemos testimonios sobre los sufrimientos realmente patéticos que soportaron durante la marcha hacia el norte y la hambruna en el campo de concentración.²⁵ Es decir que en estas mujeres opositoras al régimen de López también encontramos una mezcla de conciencia política y razones familiares.

El país de las mujeres — Paraguay en la postguerra

¿Cuáles fueron entonces las consecuencias de estos cambios en el rol público de las mujeres en la postguerra? ¿Acaso se les conferirían ahora plenos derechos ciudadanos? Obviamente no. El epíteto “país de las mujeres” se refería solamente al desbalance demográfico. Había cuatro veces más mujeres que hombres, y éstos eran en su mayoría niños o ancianos. Eso significaba que otra vez las mujeres tenían que encargarse de la mayor parte del trabajo. Fueron ellas quienes reconstruyeron el país pero, como suele ocurrir no solamente en el Paraguay, este aporte no fue valorado debidamente por parte de los hombres en la política y la opinión pública. Lo que sí fue tomado ahora en consideración era la necesidad de darles una educación mejor a las mujeres, de las cuales dependía tanto el futuro del país.²⁶

Mas esto no significa que los hombres pensaran en compartir el poder político. Ahora el Paraguay se adhería a la argumentación entonces en boga en las clases altas de América Latina. Por un lado, se les concedía a las mujeres competencia en asuntos públicos, a veces hasta se les reconocía un mayor juicio y una moralidad más alta, pero eso no desembocaría en el reconocimiento de sus derechos políticos, sino en la afirmación de que ellas en realidad no tenían ninguna necesidad de participar en tales asuntos, ya que debían ocuparse en cambio de la noble tarea de educar a los futuros ciudadanos y, en este caso particular, también de hacerse cargo de la reconstrucción económica del país.

Sin embargo, en los caóticos primeros años de la postguerra, hubo varios pequeños tumultos públicos sobre asuntos de administración o política en los cuales siempre participaron mujeres. A veces fueron comentados con aprobación, sobre todo, si se trataba de protestas de las mujeres abastecedoras del mercado contra los monopolios o im-

²⁵ Potthast, *¿“Paraíso de Mahoma” o “País de las mujeres”?*..., págs. 277-288.

²⁶ Potthast, *¿“Paraíso de Mahoma” o “País de las mujeres”?*..., págs. 335-338.

puestos abusivos que los aliados pretendían imponer.²⁷ Pero la actitud cambiaba cuando se formaban ciertos partidos políticos y se trataban asuntos generales sobre los que las mujeres de las clases medias o altas se permitían opinar.

Resulta particularmente interesante que los avances de las mujeres en los asuntos políticos durante la guerra, por ambiguos y propagandísticos que hubieran sido, no solamente fueran ignorados, sino hasta funcionalizados en contra de su participación política. Un periódico, por ejemplo, comentaba de la manera siguiente el hecho de que una delegación de mujeres se hubiera apersonado ante el jefe de Estado para protestar contra el proyecto de nombramiento de un cura muy controvertido como jefe de la Iglesia:

“Si no se supiesen los móviles á que obedecen esas santas mujeres podríamos suponer algo aventurado. A la mujer le está destinada otra acción en nuestras sociedades, y de ella no deben salir. Ridículo es ver a la mujer paraguaya de hoy, siguiendo las mismas costumbres que las de ayer. López fomentaba las reuniones en la sociedad mujeril; les hacía pronunciar discursos pidiendo la sangre de sus semejantes, etc. etc. y esas costumbres, modificadas en sus pretensiones, sirven aun hoy de estímulo a algunos inconsiderados.”²⁸

Otros periódicos escribían también de manera similar, muchas veces con un tono que ponía en ridículo estas manifestaciones de mujeres. Sobre todo en los casos en que las intenciones de las mujeres descritas coincidían con las de los adversarios políticos, los periódicos trataban de menospreciar a éstos ridiculizando a las mujeres. También existía la tendencia de afirmar que los partidarios de los adversarios no eran nada más que niños y mujeres para así desprestigiarlos.²⁹

Con la derrota total del país, los aliados impusieron su control y su sistema político. Pero el Paraguay estaba poco preparado para una democracia liberal. Las constantes intervenciones de los dos poderes de ocupación, que se aliaron con las dos tendencias políticas internas, tampoco ayudaban, y el país tardó bastante en instituir un sistema político estable. La liberalización política impuesta arrojó al Paraguay a un estado de revueltas y de crisis de identidad nacional. Al finalizar la guerra, los aliados y algunos paraguayos que habían llegado desde el

²⁷ *El Pueblo*, 27 de octubre 1870, 16 de junio 1870; *La Reforma*, 20 y 23 de julio, 27 de agosto 1876.

²⁸ *El Pueblo*, 15 de septiembre 1871.

²⁹ *El Pueblo*, 27 de octubre 1870, 27 de enero, 22 de febrero y 6 de octubre 1871; *La Regeneración* 25 de mayo, 29 de junio, 10 de julio, 4 de septiembre y 6 de octubre 1870, *La Libertad* 27 de abril 1874, o *La Patria*, 6 de julio 1875.

exilio político declararon a López “un monstruo de impiedad [...] excediendo a los mayores tiranos y bárbaros de que dá cuenta la historia de todos los tiempos”³⁰. Pero con semejante decreto no era posible convencer a los paraguayos de que López no había tratado de defender la nación, sino solamente su propio poder, y la admiración por el antiguo presidente se mantuvo en muchos sectores de la población. Además habían sobrevivido algunos generales y políticos cercanos a López, que pronto se establecieron como importantes figuras en la escena política.

Poco a poco, “el tirano López” se fue convirtiendo en un héroe nacional que, al igual que las mujeres y los soldados paraguayos, había resistido ferozmente el intento de aniquilar la nación. La humillación por la derrota y el caos político y económico que le siguió se fueron desdibujando, y se insistía, en cambio, en el coraje y la altivez inflexible de la nación. Si los paraguayos eran considerados excepcionalmente valientes y peleadores por su indomable resistencia, inclusive por los militares aliados, esto les devolvía por lo menos algo de honor nacional. Y si ya era así con los hombres, ¡cuánto más orgulloso podía estar el pueblo si sus mujeres también habían demostrado estas características! Es así como las residentas pasaron a ser el símbolo de la nación heroica.

En 1899, Ignacio Pane escribió un poema laudatorio a la mujer paraguaya, que resume bastante bien el rol que los nacionalistas paraguayos asignaban a las mujeres. Este poema era muy popular y por décadas se aprendía de memoria en las escuelas, es decir, formaba parte del canon de textos que definía la identidad nacional. El poema empieza con una alabanza a las mujeres guaraníes, que por su amor a los españoles se volvieron fundadoras de una nueva nación, la cual es concebida como la síntesis del coraje indígena guaraní y de la nobleza española. Durante la Guerra de la Triple Alianza, la mujer es descrita como la madre o esposa que con su espíritu patriótico impulsa a los hombres a sus hazañas guerreras. Pero es también la “mater dolorosa” que ha sacrificado todo y sin consuelo ni apoyo regresa al hogar para reconstruir la patria y regalarle “nuevos atletas americanos”.³¹

Esta imagen del rol de la mujer en la historia nacional se prestaba muy bien al proyecto de los gobiernos militares del siglo XX. Varios militares paraguayos han dedicado estudios a este tema y —en gene-

³⁰ Ley del 17 de agosto 1869.

³¹ El poema es de 39 estrofas y fue impreso por primera vez en *la Revista del Instituto Paraguayo*, No. 17, 1899.

ral— destacan su coraje, su disposición al sacrificio y su rol de madre.³² Es así como hasta la caída del régimen del General Alfredo Stroessner en 1989, la residenta fue siempre la encarnación de los valores nacionales. Igualmente resulta interesante que después se haya tratado de rescatar a la destinada, es decir a la mujer que resistía y fue oprimida políticamente.³³ Aunque esto sea, otra vez, una forma de instrumentalizar el rol histórico de las mujeres paraguayas para fines políticos, no deja de llamar la atención el hecho de que siempre sean ellas las que están en el primer plano de los símbolos y mitos nacionales de este “país de las mujeres”.

³² Urbietta Rojas, Pastor, *La mujer en el proceso cultural del Paraguay*, Buenos Aires, 1944; Urbietta Rojas, Pastor, *La mujer paraguaya (esquema historiográfico)*, Asunción, 1962; y Centurión, Carlos R., *La mujer paraguaya a través de la historia*, Asunción: Imprenta Ariel, 1939.

³³ Es significativa la aparición del libro de Guido Rodríguez Alcalá, en el cual se publican sobre todo las memorias de las destinadas, una de ellas por primera vez. Rodríguez Alcalá, Guido (ed.), *Residentas, destinadas y traidoras*, Asunción: RP Ediciones-Criterio, 1991.